

ESCENA VI

HEURTEBIZE, dos soldados del 12 de Cazadores, ESTHER, EL CONDE ADRIANI, guardia noble; la GENERALA.

(Se abre la puerta con violencia.)

HEURTEBIZE *(con voz de trueno)*.

¡Entrada libre!

(Luego, viendo que no hay nadie en la estancia, se aparta de la puerta y deja pasar. Entra Esther en traje de viaje, muy coqueta; detrás de ella el conde Adriani, guardia noble, vestido de paisano, muy peinado y peripuesto, con el bigote retorcido á la italiana, llevando del brazo á la Generala, que va en traje de viuda, velo largo y un sombrero pequeño. - Después entran turistas ingleses y alemanes, algunos burgueses de Tours, un campesino viejo y dos soldados del 12 de Cazadores, que se suponen de guarnición en los alrededores.)

HEURTEBIZE *(hablando con rapidez mientras dura el desfile)*.

Este es, señoras y caballeros, el antiguo salón de Guardias de Catalina de Médicis, restaurado en el estilo del si-

glo XVI, como el torreón que acabamos de visitar. Magnífico techo artesonado, muebles antiguos; los tapices representan un torneo, el retrato de Francisco I. Límpiense los pies, señores militares.

SOLDADO 1.º *(limpiándose los pies)*.

¡Bueno, buen hombre, bueno; está bien!

SOLDADO 2.º

¿Por qué tenemos que limpiarnos?...
¡Es raro!

ESTHER *(mirando en derredor)*.

¡Vaya si estaban bien alojadas aquellas reinas de Francia, y vaya si es fácil parecer hermosa en estas habitaciones! ¡Qué lástima que tenga una que admirar esto en tan mala compañía!

LA GENERALA *(con voz triste)*.

Pero, querida Esther, ¡si no teníamos otro medio de entrar!

EL GUARDIA NOBLE (*con acento italiano*).

Por más que hemos dicho á ese suizo que esta señora era la viuda del feld-mariscal Sélény, el hombre más ilustrado de Austria-Hungría, y que yo era guardia noble del Vaticano, no ha habido quien le haga contestar más que: «No se visita sino en grandes grupos.»

ESTHER (*con tono despreciativo*).

¡En grandes grupos! (*Señalando á Heurtebize.*) ¡Ese hombre es odioso!

LA GENERALA (*deteniéndose ante el retrato de Francisco I y llamando con voz triste*).

¡Esther!

ESTHER (*sin emocionarse*).

¿Tía Catalina?

(*Se acerca á ella.*)

LA GENERALA

Mira este retrato.

ESTHER

Ya miro. ¿Qué?

LA GENERALA

¿No encuentras cierto parecido con aquel á quien lloraré eternamente?

ESTHER

¡Mi tío el Feld-mariscal parecido con Francisco II... ¡Ni una sola facción!... ¡Ni tanto así!...

LA GENERALA

Sin embargo, se me figura que el ademán, la manera de colocar la cabeza... ¡Oh! Me parece verlo en todas partes.

EL GUARDIA NOBLE (*dando un gran suspiro*).

¡Pobre señora!

HEURTEBIZE

Ésta, señoras y caballeros, es la terraza donde Luisa de Vaudémont, la mujer de Enrique III, supo... (*Precipitándose hacia Esther, que empieza á subir la escalinata que hay en primer término.*) ¿Dónde va usted por ahí? Esas son las habitaciones particulares.

ESTHER (*en lo alto de la escalinata y con ingenuidad*).

Pero ¿hay gente ahora en el castillo? No estamos en temporada de veraneo.

HEURTEBIZE

Haya ó no haya gente, no se permite al público visitar esas habitaciones. Ruego á usted que baje.

ESTHER (*bajando; aparte*).

¡Tengo tantos deseos de verla, verla solamente, cruzar mi mirada con la suya!

HEURTEBIZE (*volviendo hacia la terraza*).

... Donde Luisa de Vaudémont, mujer de Enrique III, supo que su marido había sido asesinado por Jacobo Clément. Desde aquel día volvió diariamente á este sitio para pensar en su marido y llorar, en traje de luto, que ya no se quitó en toda su vida.

LA GENERALA (*sollozando*).

¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

(*Se deja caer en un sillón.*)

EL GUARDIA NOBLE (*asustado y golpeándole las manos*).

Mi que... mi que... ¡señorita Esther!

ESTHER

¿Qué ocurre ahora?

LA GENERALA

No he podido dominar mi emoción. Esa pobre Reina... esa conformidad con su infortunio...

ESTHER

¡Vamos, tía Catalina, que mi tío no fué asesinado!

LA GENERALA

El luto por un grande hombre y el que se lleva por un Rey, son cosas muy parecidas... La esposa del gran patriota, del heroico vencido en Carintia, también ha sido fiel al voto hecho de derramar eternas lágrimas!

HEURTEBIZE (*dirigiéndose desde la terraza á la galería*).

Ahora pasamos al salón de música edificado por Diana de Poitiers, con vistas al río. (*Variando de tono y señalando á la Generala*.) Si esta señora está fatigada y quiere descansar un momento, la recogeremos á la vuelta (*con el tono de antes*). Tallados antiguos, cuadros de los primeros maestros, atril de hierro forjado, rabeles y violas de trovador. Sírvanse seguirme, señoras y caballeros. Ustedes los militares, límpiense los pies.

(*Váse por la galería*.)

SOLDADO 1.º

¡Bueno, buen hombre, bueno; está bien!

SOLDADO 2.º

Esto de limpiarse tanto los pies, es un poco raro.

LA GENERALA (*á su sobrina y al Guardia noble*).

Seguid vosotros, yo os lo ruego. (*Se levanta.*) Quisiera pensar en mis penas y llorar de dolor en esta terraza; acoplar mi pesar al de la infortunada Reina.

ESTHER (*al Guardia noble*).

Quédese usted con ella, Pepino.

EL GUARDIA NOBLE

Preferiría ir con usted.

ESTHER

¡Naturalmente! pero es usted el acompañante de la Generala, y no el mío.

EL GUARDIA NOBLE

¡Mala!

ESTHER

¡Hasta ahora, tía Catalina! Volveré

por ti cuando acabes de llorar un poquito.

(*Vase por la galería.*)

ESCENA VII

LA GENERALA, EL GUARDIA NOBLE, después
ESTHER

EL GUARDIA NOBLE (*con miradas incendiarias á Esther, que se aleja*).

¡Cristo! ¡Qué bella es! (*Bajando la voz y la vista.*) Y simpática sobre todo. (*Se acerca á la Generala, que está sentada junto á la terraza de frente al público y en postura sentimental.*) Generala...

LA GENERALA (*con voz triste y los ojos humedecidos por las lágrimas*).

¡Querido Conde!

EL GUARDIA NOBLE

¿No teme usted resfriarse ahí en el balcón? Lo mismo podría usted llorar

aquí en la habitación... ¡Este sol de Abril es tan traicionero!

LA GENERALA (*con voz natural*).

En efecto, tiene usted razón; me siento calofriada.

(*Se levanta y entra en la habitación.*)

EL GUARDIA NOBLE

El tiempo no está todavía muy á propósito para paseitos campestres.

LA GENERALA

Es un capricho de esta niña mimada visitar los castillos de Turena. Si nos instalamos definitivamente en Francia, sueña con pasar un verano en una de estas regias mansiones.

EL GUARDIA NOBLE

Una verdadera reina es la señorita Esther; pero el sostenimiento de una mansión de éstas exige una gran fortuna.

LA GENERALA

La suya es considerable.

EL GUARDIA NOBLE (*á media voz*).

Sí, sí, *simpatica, molto simpatica!*

LA GENERALA

Los Sélény de Buda-Pesth eran dos hermanos: el Feld-mariscal, mi marido, y el padre de Esther, gobernador del Banco Imperial. Los dos murieron hace algunos años, dejando una doble y espléndida herencia, el uno de millones y el otro de gloria. Mi sobrina y yo tenemos el usufructo. Ella administra y hace producir la fortuna de su padre.

EL GUARDIA NOBLE (*con interés*).

¿Que hace producir?...

LA GENERALA

Es un maravilloso hombre de negocios.

EL GUARDIA NOBLE (*exaltado*).

Sí, sí, esas cosas están en la sangre.

LA GENERALA

Yo estoy enteramente entregada á una queridísima é ilustre memoria. (*Le coge las manos con efusión.*) ¡Ah, señor Conde, viuda de un grande hombre!... ¡Qué honor...! ¡Pero cuántos deberes se imponen... cuántos deberes!... A mi edad otra cualquiera mujer tendría derecho á ser otra vez feliz, al amor.

EL GUARDIA NOBLE (*á media voz*).

¡Cristo!

LA GENERALA

Porque nosotras no somos como ustedes los hombres. Nosotras empezamos mucho después.

EL GUARDIA NOBLE (*á media voz*).

Según y cómo.

LA GENERALA

Y en nuestra madurez hay siempre cierto sabor de juventud, ciertas reservas de candor, de expansión... Nadie lo sabe bien... Pero yo, ¿cómo? Este apellido glorioso que tengo que llevar, esta celebridad de la cual soy responsable, es la renuncia prematura de todo, es el claustro!...

(*Busca el pañuelo sin soltarle las manos.*)

EL GUARDIA NOBLE (*un poco turbado*).

¡Pobre señoral...

LA GENERALA

A menos de encontrar un caballero de alma generosa que quisiera compartir conmigo la responsabilidad de mi pesada carga y me permitiese continuar viu-

da moralmente, tomando de mí lo que yo puedo dar.

EL GUARDIA NOBLE (*procurando desasirse*).

¡Le será á usted muy difícil encontrar eso!

ESTHER (*que acaba de entrar y sigue mirando hacia las habitaciones particulares, se detiene junto á la mesa. — Aparte.*)

¡Pensar que estaba aquí hace un momento! Este libro sería el que estaba tal vez leyendo cuando llegamos nosotros. Este bordado tal vez es suyo. Estoy en su casa. (*Con energía.*) ¡Ah! Y de lleno en su vida... y no nos conocemos. (*Sonriendo.*) ¡Dios mío! ¡Qué cosa más extraña! (*Acercándose á la Generala, que de puro conmovida está limpiándose con el pañuelo de las narices.*) Vamos, tía Catalina, ¿no hemos terminado aún de ponernos los ojos encarnados? Después de todo, el famoso héroe de usted no era de un trato muy agradable para sufrirlo todos los días. ¡Pobre tío mío! Acuértese usted que algunas veces era hasta bru-

tal. Cuando murió estaba usted á punto de pedir el divorcio.

LA GENERALA

Es verdad, me engañó mucho, me pegó mucho; pero tenía que sufrirlo en mi calidad de esposa de un grande hombre. Ya lo decía él algunas veces: «¡Respetar las debilidades de un Dios!»

ESTHER (*distraída y con la vista fija en la puerta de la derecha*).

¡Y el caso es que no quisiera marcharme sin haberla visto! (*Al Guardia noble.*) ¿La ha conocido usted, Pepino?

EL GUARDIA NOBLE

¿A quién? ¿al General?

ESTHER

No: á la señora de Astier, cuando era la duquesa de Padovani.

EL GUARDIA NOBLE

Sí, sí; la conocí hace tres años, cuando vine comisionado para traer la birreta cardenalicia...

ESTHER

¡Ah, sí! Aquella famosa birreta... que perdió usted; que dejó no sé dónde.

LA GENERALA

En casa de una muchacha parisiense á quien encontraron en la estación del ferrocarril.

EL GUARDIA NOBLE (*con acento hipocritilla*).

Es una triste aventura... Al bajarnos del tren, Monseñor me dijo: «Pepino, trae la birreta.» Yo llevaba ya en la mano el saquillo, que con el cajón de la birreta, hacía dos bultos. Entonces, atolondrado, no sé cómo me perdí por aquellas salas, y no parecí hasta el día siguiente por la mañana...

LA GENERALA (*imitando su acento*).

...Sin acordarme de la casa de una muchacha en la cual había dejado la birreta.

ESTHER (*distráida*).

¿Estaba entonces todavía guapa?

EL GUARDIA NOBLE (*asustado*).

¿La señora de la estación?

ESTHER

No; la Duquesa...

EL GUARDIA NOBLE

¡Cristo! ¡Qué *bella* estabal... (*bajando la vista*), y sobre todo *simpatica*.

ESTHER

¡Bah! Para usted todas las mujeres son

bellas y simpáticas. (*Se acerca á la turrasa.*) Tía Catalina, ¡qué hermoso mausoleo sería ése para el General!

LA GENERALA

¿Un mausoleo? ¿dónde está?

ESTHER (*señalando á lo lejos*).

Allí, en aquella islita verde que hay en medio del río. ¡Sería magnífico!

LA GENERALA

Pero, hija mía, no nos permitirían hacerlo. Para ello sería necesario que esta posesión fuese nuestra.

ESTHER

Precisamente me dan ganas de comprarla. Me gusta mucho este histórico castillo de Mousseaux. Me divertiría eso de pasear por los bosques de las reinas de Francia y de arrastrar la cola de mi falda por los mismos sitios por donde

arrastraron ellas sus mantos de brocado.

LA GENERALA (*pensativa*).

Verdaderamente una columna conmemorativa que se viese desde lejos: «Al heroico vencido de Carintia.» Mira, hija mía, decídete.

ESTHER

Estoy decidida. Deme usted una tarjeta suya. (*La Generala le da una tarjeta de un luto exagerado.*) ¡Oh! ¿No tiene usted ahí otras de menos luto, un poquito más blancas?

LA GENERALA (*muy emocionada*).

Nunca son demasiado enlutadas...

ESCENA VIII

DICHOS, HEURTEBIZE, *los dos soldados, turistas.*

HEURTEBIZE (*que entra por la galería y coloca un libro-registro encima de la mesa.*)

Señoras y caballeros, sírvanse seguirme. Si ahora alguno de ustedes desea inscribirse en el libro de oro de Mousseaux, aquí está. Hay que poner su nombre y un pensamiento.. (*á los soldados*), lo primero que se ocurra.

SOLDADO 1.º

¡Un pensamiento!... Bueno, buen hombre, bueno...

SOLDADO 2.º (*rascándose la cabeza.*)

¡Es raro!

(*Se agrupan todos en derredor de la mesa.*)

ESTHER

¡Cómo, tía! ¿Usted quiere...?

LA GENERALA

No es por mí, hija mía; pero donde quiera que puedo inscribir su apellido...

ESTHER (*haciendo un signo á Heurtebize mientras los demás se agrupan en torno de la mesa.*)

Una palabra... si hace usted el favor... ¿Está visible la señora de Astier?

HEURTEBIZE

¡Oh! no... La señora no ha recibido en todo el invierno,

ESTHER.

¿Puede usted hacer que le pasen esta tarjeta?

HEURTEBIZE (*con deferencia, después de haber leído la tarjeta*).

No sé... voy á ver.

ESTHER

Diga usted que es para comprar el castillo.

HEURTEBIZE (*con violencia*).

El castillo no está en venta.

ESTHER

Sin embargo, me han asegurado...

HEURTEBIZE (*furioso*).

El castillo no está en venta... y basta. Por aquí se sale.

SOLDADO 2.º (*escribiendo su pensamiento en el libro*).

«Más de novecientos trece días para hacerlo.»



Acto II. Escena VIII.

(Fig. 185)

HEURTERIZE (con deferencia, después de haber leído la tarjeta).

No sé... voy á ver.

ESTHER

Diga usted que es para comprar el castillo.

HEURTERIZE (con violencia).

El castillo no está en venta.

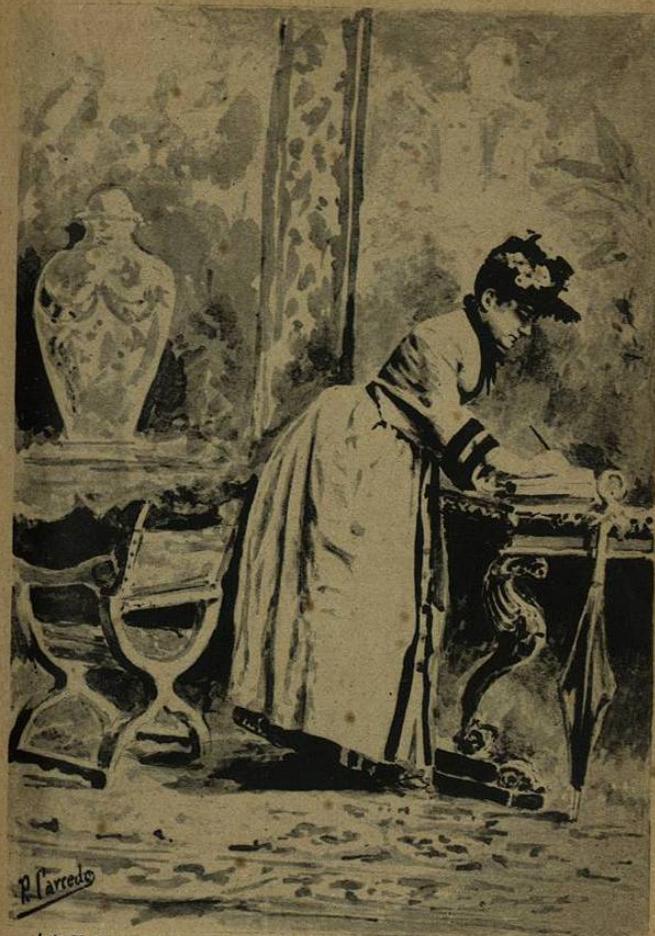
Sin embargo, me han asegurado...

HEURTERIZE (furioso).

El castillo no está en venta... y basta.
Por aquí se sale.

SOLDADO 2.º (escribiendo su pensamiento en el libro).

«Más de novecientos trece días para hacerlo.»



Acto II. Escena VIII.

(Pág. 105.)

HEURTEBIZE

Vamos, vamos, de prisa.

(Vanse. Se oyen dos grandes campanillazos.)

ESTHER *(volviendo desde la puerta),*

¡Ah! Usted perdone, no he firmado.

(Se acerca á la mesa y se inclina para escribir en el libro.)

ESCENA IX

MARÍA ANTONIA Y LA MARQUESA DE LA ROCANERE
que aparecen en lo alto de la escalinata de la izquierda; ESTHER, inclinada, escribiendo sin verlas; En el foro HEURTEBIZE, con un manajo de llaves en la mano, impaciente al ver abierta la puerta.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Ay, amiga mía, usted será siempre Duquesa!